

De la métrica a la magia: un viaje autoetnográfico hacia la narrativa en la formación docente

From Metric to Magic: an Autoethnographic Journey toward Narrative in Teacher Training

Guillermo Cutrera¹
María Marta Yedaide²

Resumen

Este artículo narra una trayectoria de investigación post doctoral centrada en la formación docente inicial. El trabajo documenta una transición epistemológica y metodológica desde un análisis centrado en las condiciones de producción discursiva hacia una indagación fundada en la producción de narrativas (auto) biográficas. A través de un relato autoetnográfico, se explora cómo el encuentro con las historias de dos profesoras residentes resignifica la propia biografía del investigador y su tradición de investigación. Conceptos como variación de importancia, relación con el saber y las nociones de rebote y resonancia se articulan para dar cuenta de una transformación que es, a la vez, personal y académica. El texto argumenta que la investigación narrativa, más que un método, es una postura ética que nos obliga a reconocernos en las voces de los otros, transitando de la búsqueda de resultados a la construcción de sentidos compartidos.

Palabras clave: investigación narrativa; autoetnografía; formación docente; relación con el saber; transformación

Abstract

This article narrates a postdoctoral research trajectory focused on initial teacher training. The work documents an epistemological and methodological transition from an analysis centred on the conditions of discursive production to an inquiry grounded in the production of (auto)biographical narratives. Through an autoethnographic account, the author explores how encountering the stories of two resident professors redefines the researcher's own biography and research tradition. Concepts such as variation in significance, relationship with knowledge, and the notions of rebound and resonance are articulated to account for a transformation that is simultaneously personal and academic. The article argues that narrative research, more than a method, is an ethical stance that compels us to recognise ourselves in the voices of others, moving from the search for results to the construction of shared meanings.

Keywords: Narrative Research; Autoethnography; Teacher Training; Relationship with Knowledge; Transformation

Fecha de recepción: 16-09-2025
Fecha de evaluación: 8-10-2025
Fecha de evaluación: 13-10-2025
Fecha de aceptación: 26-10-2025

Introducción: el inicio del viaje y una nota disonante

Toda investigación es, en el fondo, una autobiografía. Comienzo con esta certeza no como un punto de llegada, sino como la brújula que ha orientado este viaje formativo. Lo que inició como un plan para analizar las prácticas de enseñanza en la residencia docente se ha convertido, casi sin darme cuenta, en una excavación de mi propia historia como profesor e investigador. Este texto, por tanto, no es el mapa de un territorio ajeno, sino el cuaderno de bitácora de mi propio desplazamiento: un tránsito desde la seguridad del análisis discursivo hacia la incierta pero fértil tierra de la narrativa.

Durante años, mi trabajo se ancló en la aparente solidez de la estructura, del método, de una voz que buscaba la objetividad. Sin embargo, bajo esa superficie, persistía una nota disonante, un eco de mi propia historia que no encontraba lugar en la partitura académica. Era la memoria de un niño frente a un metrónomo, sintiendo que su tic tac implacable “cortaba la expresividad, me ligaba a una ejecución atravesada por la métrica”. He decidido traer esta frase, extraída de un relato autobiográfico que escribí al inicio de este recorrido, no como un mero recuerdo sino como una *voz activa* en este texto. Ponerla entre comillas es un gesto deliberado: es la forma de escenificar el diálogo tratando mis propias narrativas pasadas como fuentes primarias de este viaje. Es, en sí mismo, un acto de autorizar la propia historia como campo de indagación.

Este artículo narra, entonces, un proceso de *des-aprender a investigar*. Un des-aprendizaje que fue catalizado por el encuentro con las voces de dos jóvenes docentes cuyas historias, en un fenómeno de *rebote* y resonancia, me obligaron a volver sobre la mía. Sus relatos no fueron *datos* para ser analizados, sino espejos que me devolvieron una imagen de mí mismo llena de preguntas: ¿Cómo se había configurado mi propia *relación con el saber* (Charlot, 1997)? ¿Qué silencios y defensas sostenían la *duplicación de mundos* entre mi teoría y mi práctica?

Lo que sigue no es, por tanto, un informe de resultados, sino una invitación a acompañarme en esa interrogación. Es un relato que se atreve a ser vulnerable, a mostrar las costuras del proceso, a poner en diálogo mi voz con las voces de las jóvenes docentes y con las de los teóricos que me han servido de interlocutores. Es un intento de escribir desde una *voz encarnada*, una que asume que la subjetividad no es un sesgo a evitar sino la condición de posibilidad de todo conocimiento genuino. Es, en definitiva, un viaje de la métrica a la magia, en busca de una forma de escribir y de investigar que, en lugar de cerrar significados, abra la posibilidad del encuentro.

Primer movimiento: la duplicación de mundos y el eco de una formación escindida

Mi autobiografía profesional podría narrarse como una historia de lenguajes en conflicto. Me crié, como cuento en otro lugar, en un *contexto de sonidos musicales*, un mundo orgánico donde la teoría y la práctica, el solfeo y la emoción, convivían sin fisuras. Era un saber que se aprendía en la escucha, en la imitación, en la ayuda a mi madre con sus estudiantes de piano; un saber encarnado, inseparable de los afectos y las relaciones. Sin embargo, la vida y las elecciones me llevaron por otros derroteros: la escuela técnica, la ingeniería y, más tarde, la investigación educativa, cristalizada inicialmente desde un paradigma predominantemente cuantitativo. Allí el lenguaje era otro: preciso, formal, estructurado. Un lenguaje que, como el metrónomo de mi infancia, parecía ofrecer seguridad a cambio de sacrificar la expresividad.

Durante años habité lo que he llamado una *duplicación de mundos*. Por un lado estaba mi práctica docente en escuelas secundarias, un espacio donde me sentía *cómodo*, movido por una intuición y un trato *personal* que no sabía bien cómo nombrar. Por otro lado estaba mi formación académica y mi trabajo de investigación, regidos por una lógica que parecía distante de esa realidad. En mi relato autobiográfico inicial confesaba: “No recuerdo que esa duplicación representara para mí una dificultad. Posiblemente había sido formado en esa separación y la había naturalizado”.

Hoy esa frase me interpela con una fuerza nueva: ¿realmente no era una dificultad, o había aprendido a no verla, a anestesiarse la incomodidad? La investigación sobre ideas previas o el análisis de las interacciones discursivas desde marcos apriorísticos me ofrecían un encuadre sólido, una *zona de confort*. Me permitían analizar el aula, pero manteniéndome a una distancia prudente. El investigador es quien observaba, quien aplicaba categorías, quien devela los patrones subyacentes en el discurso de los otros. Es un trabajo riguroso, sin duda, pero en él mi propia voz, mi propia historia, mi propia “relación con la enseñanza de la química” permanecían en silencio. Esta era una clásica relación con el saber de tipo objetivante (Charlot, 1997): el conocimiento era un objeto externo, una herramienta que se aplicaba sobre la realidad, pero que no debía *contaminarse* con la subjetividad de quien la aplicaba.

El punto de inflexión, como a menudo sucede, llegó a través de un texto. La lectura de Jay Lemke y su idea de que para aprender ciencia es necesario *hablarla*, junto a sus transcripciones de aulas reales, me impactó. Por primera vez, veía un puente posible entre esos dos mundos. Sin embargo, el verdadero sismo estaba por llegar. La insatisfacción con los *resultados* que me servían para interpretar lo que sucedía en el aula era cada vez más palpable. Sentía, como Hamlet, que “hay algo más en el cielo y en la tierra que lo que puede soñar tu filosofía”. Esa intuición, esa *apatía intelectual y emocional*, fue el terreno fértil sobre el que se sembró este proyecto posdoctoral: la necesidad de buscar otro lenguaje, otra forma de escuchar y de contar.

Segundo movimiento: el rebote de otras voces y el encuentro con las voces de futuras profesoras

El plan de trabajo en el que se inscribió este escrito era, en esencia, una apuesta por la escucha. La propuesta de mi tutora fue clara desde el inicio: “probar cómo sería mirar lo mismo que siempre has mirado desde un enfoque narrativo y no discursivo”. Se trataba de “no desanclar esa producción discursiva del mundo vital de la persona”. La tarea, entonces, no era ya analizar las interacciones en el aula de las residentes de profesorado, sino conversar con ellas, invitarlas a narrar su relación con la química y su enseñanza.

Mi primer impulso, anclado en mi tradición investigativa, fue preparar un protocolo de preguntas. Sin embargo, la conversación con mi tutora me desvió de ese camino. La investigación narrativa no es un *interrogatorio*, me recordó. Se trata de compartir un interés, de “gestar ahí una conversación de ida y vuelta”. El verdadero trabajo, insistió, es “implicar al otro en la conversación”, un proceso que requiere “desaprender lo que es una investigación”.

Este imperativo, “desaprender lo que es una investigación”, se reveló no como una simple sugerencia metodológica, sino como el epicentro de un sismo personal y epistemológico. *Desaprender* implicaba confrontar directamente mi propia historia, mi forma de habitar el mundo académico. Como señala Bernard Charlot (1997), todo sujeto se constituye en su *relación con el saber*, y mi relación con el saber investigativo había sido, hasta entonces, una de distancia y control. Era un saber concebido como un conjunto de herramientas para ser aplicadas sobre un objeto de estudio, para analizar, clasificar y, en última instancia, explicar al otro. La propuesta narrativa, en cambio, me exigía transitar hacia una relación con el saber radicalmente distinta: una relación de implicación, de vulnerabilidad, donde el conocimiento no se aplica sino que se co-construye en el encuentro, y donde el investigador no sale indemne, sino que es inevitablemente transformado.

Este fue el primer gran desplazamiento. El foco ya no estaba en la recolección de datos, sino en la construcción de una relación. Y fue en ese espacio relacional donde las voces de las jóvenes docentes irrumpieron con una potencia transformadora. Sus historias, especialmente las referidas a sus trayectorias previas, resonaron de inmediato con mi propia biografía. Ambas habían abandonado carreras universitarias debido a una “relación de mucha prepotencia de parte de los docentes”.

Aquí es donde el concepto de *rebote* se vuelve central. Mi tutora lo explicó así: “La investigación autobiográfica es aprovechar a los otros para ir tras de mí... El otro me habilita”. Las historias de las profesoras en formación no eran casos para analizar; eran espejos. Sus experiencias de alienación frente a un saber presentado de forma autoritaria me obligaron a preguntarme por mi propio vínculo con mis profesores: ¿Cómo había sido? ¿Qué me ayudó a permanecer donde ellas decidieron irse?

Este *rebote* me llevó a revisitar mi autobiografía con otros ojos. Aquella *decisión administrativa* que me empujó al Profesorado en Química, y que yo había vivido como una imposición, ¿no era también una forma de violencia institucional, aunque de otro signo? Mi actitud inicial de “estudiar, casi jugando” con los nuevos discursos pedagógicos, ¿no fue una estrategia de supervivencia, una forma de mantener a distancia una interpelación que podría haber sido demasiado desestabilizadora para mis prácticas ya consolidadas?

Aquí, la tensión entre mi hábito y la nueva propuesta se hizo carne. Lo que estaba en juego era una *variación de importancia*, como diría Vinciane Despret (2020). El rigor ya no residía en la aplicación metódica de un protocolo, sino en la calidad ética de la escucha; la validez ya no se buscaría en la generalización de los hallazgos, sino en la profundidad de la transformación que el encuentro propiciaba. Este desplazamiento no es trivial; es una *moción epistémico-política* (Yedaide et al, 2015) que desafía las bases de la investigación tradicional. Sentí el *desgarro* que supone abandonar la seguridad del método conocido para adentrarse en el *enredo* (Yedaide et al, 2021) de las historias compartidas, donde las fronteras entre mi biografía y la de ellas se volvían porosas.

Aquí, en esta encrucijada reflexiva, la exhortación de mi tutora: “el verdadero trabajo es implicar al otro en la conversación, un proceso que requiere desaprender lo que es una investigación”, cobra una nueva dimensión. Ese *desaprender* no era solo una consigna metodológica; se revelaba como un imperativo existencial. Desaprender a investigar implicaba, en primer lugar, desaprender a narrarme a mí mismo desde la seguridad de los hechos consumados. La *decisión administrativa* dejaba de ser una simple anécdota para convertirse en el símbolo de una relación con el saber impuesta, externa, similar a la que mis residentes a veces padecían. Y mi *jugar a estudiar*, esa aparente liviandad, se me mostraba ahora como una resistencia sutil, un mecanismo para no ser completamente *investigado* por esos nuevos saberes, para no dejarme implicar del todo. La tensión entre mi hábito de investigar *sobre* otros y la invitación a conversar *con* otros se reflejaba en la tensión de mi propia historia: la de un docente que mantenía sus mundos -el práctico y el teórico- cuidadosamente separados, quizás por el mismo temor a la desestabilización que ahora debía abrazar como método.

Las voces de ellas me permitieron ver las grietas en mi propia narrativa. Me mostraron que la *duplicación de mundos* no era una característica neutra de mi formación, sino el resultado de una serie de decisiones, silencios y defensas. Comprendí, en un nivel más profundo, que el objetivo de esta investigación no era escribir sobre ellas, sino, como me indicó mi tutora, “escribir algo sobre cómo yo, a partir de hablar con las jóvenes docentes, veo algunas cosas que antes no hubiera visto de mi propia historia”.

Tercer movimiento: La magia reencontrada y el camino hacia una escritura autoetnográfica

El verdadero corazón de este viaje reside en el proceso mismo de escritura que surgió de esos *rebotes*. Un texto reflexivo posterior, donde intenté capturar esas primeras resonancias, se convirtió en el testimonio de esa transformación. En esa nueva escritura ya no soy el investigador que analiza, sino el sujeto que es analizado, que es interpelado por las historias que escucha. La escritura se vuelve autoetnográfica: un diálogo entre mi pasado y mi presente, mediado por las voces de las jóvenes docentes y, a su vez, por la voz de mi propio relato autobiográfico inicial.

Al permitir que sus experiencias me afectaran, comencé a reencontrarme con esa *magia* que había asociado a mi primer encuentro con la música. Pero ya no se trataba de la magia intuitiva de la infancia, sino de una magia reflexiva. La *imprevisibilidad* y la *improvisación* que ahora valoro en la docencia y en la investigación no son fruto del azar, sino de una escucha profunda y de un conocimiento que permite salirse de la partitura. Es la improvisación del músico de jazz que, precisamente porque domina las escalas y la armonía, puede crear algo nuevo en el momento. De igual manera, la escritura vulnerable y la escucha abierta en la narrativa requieren un sólido andamiaje teórico y una rigurosa vigilancia epistémica que las sostengan.

Este proceso me permitió resignificar mi propia tradición de investigación. El análisis discursivo no era un enfoque *equivocado*, sino uno que, en su afán de objetividad, resultaba incompleto. Dejaba fuera la dimensión más fundamental de la educación: la afectividad, la biografía, el encuentro. Comprendí que mi formación anterior no era un lastre a abandonar, sino una parte de mi historia que podía integrar. La narrativa no niega la importancia de la estructura del lenguaje, pero la sitúa en el contexto de una vida, de una historia, de un cuerpo que siente y desea.

Así, la *relación con el saber* dejó de ser una categoría analítica para aplicar a otros y se convirtió en una pregunta constante sobre mí mismo. Al escuchar a las profesoras en formación, no podía evitar interrogarme: ¿cómo se ha ido configurando mi propia relación con el saber químico? Vuelvo a mi historia y veo una relación marcada por la corrección, la estructura y una cierta distancia emocional, heredera de mi paso por la ingeniería. Era un saber que se poseía, no uno que se habitaba. Las historias de las jóvenes docentes, con sus afectos y desafectos, me mostraron que el saber químico también puede ser una experiencia cargada de emociones, de poder y de vulnerabilidad. ¿Y con el saber pedagógico? Mi relato del “jugar a estudiar” revela una relación ambivalente: una fascinación intelectual que, al mismo tiempo, mantenía el saber a raya, evitando que interpelara a fondo mis prácticas. Era un saber *sobre* la enseñanza, no un saber *en* la enseñanza. ¿Y con este nuevo saber investigativo que me interpela? Aquí la transformación se amplía. Es una relación que ya no busca la seguridad del control, sino que abraza la incertidumbre

del diálogo. Es un saber que no se acumula, sino que emerge en el *enredo* con el otro, un saber que es inseparable del propio proceso de devenir.

Esta escritura, por tanto, se aleja de la pretensión de ofrecer *resultados* definitivos. Su valor reside en el proceso mismo, en la posibilidad de mostrar cómo la investigación puede ser un espacio de transformación personal. Su propósito es generar resonancia: invitar a quien lee a interrogar sus propias certezas. Es un intento de *des-estructurarme*, como anhelaba en mi autobiografía, de disolver esas estructuras de pensamiento que me mantenían en una *zona de confort* pero a la vez limitaban mi capacidad de ver y de sentir.

Conclusión: una partitura abierta

He comenzado este texto con la imagen del metrónomo y deseo cerrarlo con la de una partitura abierta. Este viaje posdoctoral ha sido un tránsito de la métrica a la música, de la certeza del análisis a la apertura de la narrativa. He aprendido que investigar, en esta tradición, no es llegar a un destino, sino sostener una conversación.

La “nueva lectura de las prácticas de enseñanza” que me propuse al inicio no ha resultado en un nuevo modelo explicativo, sino en una nueva sensibilidad. Una sensibilidad que me permite escuchar en las voces de mis estudiantes los ecos de mi propia historia, y que me obliga a una práctica docente e investigativa más honesta y vulnerable.

El propósito ya no es *saber* sobre la formación docente, sino *ser* en la formación docente de una manera más consciente y reflexiva. Las voces de las jóvenes docentes no fueron el objeto de mi estudio; fueron mis compañeras de viaje, las co-autoras de este trayecto. Y en esto, creo, reside la dimensión profundamente ética de la investigación narrativa: en reconocer que nuestras historias están inextricablemente enredadas y que solo en el diálogo, en la escucha atenta del relato del otro, podemos empezar a comprender la complejidad de la nuestra.

Este escrito, por tanto, no es un punto de llegada. Es una instantánea de un camino, una invitación a seguir explorando las resonancias entre la vida y la investigación, entre la experiencia personal y la construcción de conocimiento. Es, en definitiva, una partitura abierta, a la espera de nuevas voces y nuevas improvisaciones que sigan dando vida y sentido al complejo y mágico arte de educar.

Notas

¹ Doctor en enseñanza de las Ciencias Exactas y Naturales (UNCo, Argentina). Magister en enseñanza de las Ciencias Naturales (UNC, Buenos Aires, Argentina). Director Proyecto de Investigación, Departamento de educación Científica, FCEyN-UNMdP. Director de la Maestría en Educación Ambiental FCEyN-UNMdP. Profesor Adjunto regular Dedicación Exclusiva

FACyE-UNMdP. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-8452-4538>. E-mail: guillecutrera@gmail.com

² Doctora en Humanidades y Artes, con mención en Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Rosario (UNR), Especialista en Docencia Universitaria y Profesora de Inglés, Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP). Profesora Titular con dedicación Exclusiva, Departamento de Ciencias de la Educación, Facultad de Humanidades, UNMdP. Directora del Grupo de Investigación en Escenarios y Subjetividades Educativas (OCA 2260/20) y del Grupo de Extensión Reescrituras en el Campo de la Educación (OCA 2067/19). ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-1233-9234>. E-mail: myedaide@gmail.com

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2019). *Fenomenología queer: orientaciones, objetos, otros*. (J. Sáez del Álamo, Trad.). Ediciones Bellaterra.
- Ahmed, S. (2020). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Barad, K. (2007). *Meeting the universe halfway: Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Duke University Press.
- Braidotti, R. (2015). *Lo Posthumano*. Gedisa.
- Charlot, B. (1997). *Du rapport au savoir. Éléments pour une théorie*. Anthropos.
- Despret, V. (2020). *Habiter en oiseau*. Actes Sud.
- Porta, L. (2021). *La expansión biográfica*. EUDEBA.
- Yedaide, M. M., Porta, L. & Ramallo, F. (2021). Alter(n)ando las condiciones de autoridad de la investigación narrativa contemporánea: amares, enredos y desgarros. *Espacios en Blanco. Revista de Educación*, (31), vol. 2, 381-396. <https://dx.doi.org/10.37177/unicen/eb31-309>